


La civilización judeocristiana

Historia de una impostura

SOPHIE BESSIS

Traducción de Juan Manuel Salmerón Arjona

gatopardo ediciones 

Título original: *La civilisation judéo-chrétienne. Anatomie d'une imposture*

© Les Liens qui libèrent, 2025

Esta edición se publica por acuerdo con Les Liens qui libèrent, en colaboración con sus agentes debidamente designados Books And More Agency #BAM, París, Francia, y The Ella Sher Literary Agency. All rights reserved

© de la traducción: Juan Manuel Salmerón Arjona, 2026

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S. L., 2026

Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: enero de 2026

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: fotografía de Underwood & Underwood coloreada que muestra la proclamación de la conquista de Jerusalén por las tropas británicas del general Edmund Allenby el 11 de diciembre de 1917. Este episodio, que acabó con varios siglos de dominio otomano, fue visto por algunos como la culminación de la cruzadas. Imagen de la solapa: © Sophie Bessis

ISBN: 979-13-991088-3-5

Depósito legal: B 22357-2025

Impresión: Liberdúplex, S. L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para nosotros, quien adora a los negros está
tan «enfermo» como quien los odia.

FRANTZ FANON

¿Cómo nació esta expresión destinada a un éxito asombroso y que, saturada de ideología, aparece hace poco en el lenguaje cotidiano, de un modo tan banal que olvidamos la enorme impostura que la engendró? ¿De dónde sale, para qué se ha generalizado?

A pesar de estar presente en todas las salsas, en todos los discursos, en todos los enunciados, esta expresión, «judeocristiano», no despierta la menor curiosidad, no suscita ninguna pregunta, de puro evidente que se nos antoja hoy la alianza de esos dos adjetivos, «judío» y «cristiano». Pero no siempre ha sido así, y la popularidad del término es más sospechosa de lo que podría hacernos creer su trivial relevancia actual. Es cierto que su uso en contextos eruditos se remonta a tiempos muy antiguos y, entre otras razones, debe su existencia a que el judaísmo —primero— y el cristianismo —después— son anteriores al islam, la religión monoteísta

más reciente.¹ Sin embargo, al pasar al lenguaje corriente, donde reina omnipresente desde hace unos cuarenta años, esta expresión ha adquirido un significado muy distinto, a juzgar por el uso político que de ella se hace. Es por este significado por el que hoy tenemos que preguntarnos. Ahora toda la civilización occidental proviene del judeocristianismo, todo se resume en esta palabra compuesta cuyos dos términos parecen más o menos siameses. Los valores y fundamentos de la cultura occidental provienen directamente de ella. Los políticos la usan una y otra vez, recurren a ella *ad nauseam* para justificar sus acciones. Así, un candidato a las elecciones presidenciales estadounidenses de 2000 afirmaba que, «al ser la única superpotencia del mundo, Estados Unidos tiene una serie de responsabilidades, en particular la de intervenir en el exterior para proteger los valores judeocristianos».² Así también, hoy el mundo se divide

1. En los primeros siglos de la era cristiana, antes de que el judaísmo y el cristianismo se separaran, a finales del siglo II, hubo varias sectas que elaboraron síntesis de aquella doctrina judía de la que surgían la nueva religión y sus enseñanzas evangélicas. Fue el caso, por ejemplo, de los cuartodecimanos, que no desaparecieron hasta el siglo IX. En la Edad Media, hubo traducciones de la Biblia que se enriquecieron con comentarios procedentes de la tradición judía. Podrían citarse otros ejemplos. En ningún caso pueden servir de argumento para negar la construcción cristiana del antijudaísmo europeo.

2. Declaraciones del senador McCain (*Le Monde*, 17 de febrero de 2000).

entre «las culturas judeocristianas» y las demás.³ En Francia, en 1998, se celebró un congreso cuyo tema era «la integración política de los franceses musulmanes y su lugar en el mundo judeocristiano».⁴ En una entrevista concedida al diario *Le Figaro* el 29 de mayo de 2024, el expresidente Nicolas Sarkozy también aludía a las «raíces judeocristianas» de Europa. ¿Que uno escribe de economía? Sáquense a relucir las dichas raíces.⁵ ¿Que lo hace sobre cultura? La mención es obligada. En todo caso, esta expresión doble solo aparece en el mundo occidental, sin que, dicho sea de paso, nadie se digne a aclarar qué significa.

En la literatura actual, de hecho, no se encuentra ningún rastro de «judeocristianismo», más allá de las

3. «Informe de la cuarta consulta sobre el proceso de organización de la Alianza para un mundo responsable y solidario», de la Fundación Charles Léopold Mayer para el Progreso del Hombre, 1998.

4. Algunas citas, en especial las que se refieren a hechos anteriores a 1999, están sacadas de mi libro *Occidente y los otros: historia de una supremacía*, Alianza, Madrid, 2002, trad. de Florencia Peyrou Tubert, donde abordaba el tema del presente ensayo sin profundizar en él, pero prometiéndome hacerlo algún día. Aquí lo he hecho.

5. Véase, entre otros, GEMDEV, *Mondialisation. Les mots et les choses*, Karthala, París, 1999. Citaré apenas unos pocos ejemplos de cómo el término aparece en la prensa o en la literatura actual. Sucede con tanta frecuencia que cualquiera que preste atención verá que es omnipresente.

fronteras que Occidente se ha impuesto. En regiones del mundo como América Central y del Sur, donde el cristianismo en sus diversas denominaciones es la religión dominante, dicha referencia es, si no inexistente, al menos muy discreta. Lo mismo sucede en los países del centro y del sur de África, mayoritariamente cristianos, donde no se ha colado en el lenguaje corriente, ni en el político, ni siquiera en el de las distintas iglesias. Tampoco la usan las sectas evangélicas africanas, que cuentan con millones de fieles y creen que la Biblia es un texto divino que debe tomarse al pie de la letra. Es decir, Occidente se la ha reservado para sí. Solo el triple proceso de ocultación, apropiación y exclusión que su uso sistemático permite nos explica el éxito sin parangón de este término, cuya popularidad supera incluso a la del manido mito de Grecia como cuna de la civilización occidental.

Podemos incluir este extraordinario hallazgo semántico e ideológico, uno de los más socorridos de nuestro tiempo, en la categoría de esas «verdades alternativas» de las que hoy tanto se habla. De hecho, cronológicamente parece ser de las primeras. Por eso conviene deconstruirla, precisamente cuando se ha convertido en un objeto temible en manos de una extrema derecha que busca imponerse a ambos lados del Atlántico, en Europa occidental y en Norteamérica, y ahora también

en Israel, donde Benjamin Netanyahu lo usa para erigirse en defensor de la civilización judeocristiana frente a la barbarie musulmana.

LA GRAN SUSTITUCIÓN

Entre 1955 y 1967, tanto en la escuela como en el instituto, todos los profesores de Historia me enseñaron, sin discrepancia alguna entre ellos, que la civilización europea era grecolatina. El griego había sido su matriz, y el latín su descendencia, y así se había expandido por los confines del Imperio romano. La cosa no tenía vuelta de hoja. Ninguna otra región, cultura, ni mucho menos religión, había aportado nada que empañara ese exclusivo linaje. Nada de ningún lugar de Oriente había llegado jamás a ese «pequeño cabo de Asia», como, en cambio, lo llamaba Paul Valéry. Desdeñaban así a quienes pensaban que las raíces de Europa se remontan más atrás, como Champollion: «Con el debido respeto a los estudiosos que creen a pies juntillas que las artes nacieron en Grecia y por generación espontánea, a mí me parece, como les parece a cuantos conocen Egipto [...] que las artes empezaron en Grecia por imitación servil de las de Egipto [...] cuando las primeras colonias egipcias entraron en

contacto con los salvajes habitantes del Ática y del Peloponeso», afirmaba el hombre que había descifrado la escritura jeroglífica.¹

Desde que se formó como tal, desde que trazó sus fronteras y se constituyó en la civilización por antonomasia, Europa no ha dejado de desestimar cuanto pueda socavar la construcción de su personalidad. Así, aunque para lograrlo toque tergiversar la historia, deberá descartarse todo lo que la emparente culturalmente con Oriente. En el siglo XIX, los intelectuales orgánicos de la expansión colonial hicieron de la excepcionalidad europea —extendida luego a lo que hoy llamamos Occidente— un atributo central de su poder y de su vocación de dominio. Solo unos cuantos estudiosos intentaron sacar a la luz los otros orígenes de la civilización europea. Hija de Grecia y de la Biblia, según la certera definición de Emmanuel Lévinas, durante mucho tiempo Europa se había limitado a reivindicar únicamente la primera parte de su genealogía, y hasta hoy rechaza y silencia toda aportación foránea, por mucho que Oriente también haya contribuido a forjar su cultura. Hasta el lenguaje corriente ha logrado el prodigio de convertir a los profe-

1. Citado en Jean-Claude Simoën, *Le voyage en Égypte*, Jean-Claude Lattès, París, 1989.

tas bíblicos en individuos occidentales.² Retomaré esta cuestión más adelante.

Pero la historia acabó volviendo por sus fueros para poner en tela de juicio lo que parecía evidente. El nazismo y el genocidio judío —que perpetró con la complicidad o la indiferencia de la mayor parte de los países europeos— contribuyeron no poco a ello. Hasta ese monstruoso paroxismo de odio al judío, el antisemitismo no escandalizaba más que a una minoría de europeos que, mayoritariamente, se habían educado en un ambiente cultural antijudío. Europa, y esa prolongación de Europa que es Estados Unidos, tardaron mucho en reconocer el carácter específico del genocidio judío entre los demás crímenes nazis. Peor aún, al acabar la guerra hubo brotes antisemitas en varios países del continente europeo, como Polonia, la Unión Soviética y Checoslovaquia. Y en esa Europa occidental que se consideraba democrática, los que denunciaban los horrores del nazismo no daban especial importancia al destino que este había reservado a los judíos. A aquellos que volvían del infierno se les reservaba una categoría general e indiferenciada, la de

2. Conocida en Estados Unidos por sus vídeos «educativos», la plataforma de derechas PragerU defiende los logros de la civilización occidental y judeocristiana «desde Moisés hasta Trump», tal como informaba *Le Monde* el 9 de julio de 2025.

deportados. Los supervivientes judíos tampoco insistían en su condición de judíos, sabedores de que no eran tiempos propicios para insistir en el carácter singular de la persecución que habían sufrido. En Francia, por ejemplo, hubo muchas formas de discriminación que perduraron incluso años después de que acabara la guerra.³

Si queremos poner una fecha más o menos precisa al momento en que empieza a reconocerse la particularidad del genocidio judío y, por tanto, a la asunción, por parte de los europeos, de una culpa o, al menos, una responsabilidad colectiva, debemos remontarnos hasta 1962, año en que se cumplió la sentencia del juicio de Adolf Eichmann.⁴ A partir de aquel instante, el genocidio judío, que de pronto todo el mundo empezó a llamar *Shoah*, por la película homónima de Claude Lanzmann de 1985, acabó ocupando un lugar central en la memoria colectiva occidental y en su discurso público. Esta omnipresencia, que siguió al silencio previo, explica el hecho de que Occidente haya sustituido el antisemitismo por

3. Entre otras, la negativa a devolver sus inmuebles a los judíos supervivientes, que se prolongó al menos hasta 1946. Véase Isabelle Backouche, Sarah Gensburger, Eric Le Bourhis, *Appartements témoins, la spoliation des locataires juifs à Paris, 1940-1946*, La Découverte, París, 2025.

4. Véase Sylvie Lindeperg y Annette Wieviorka, *Le moment Eichmann*, Albin Michel, París, 2016.

una judeofilia oficial que dicta parte de la política de sus dirigentes y que, como veremos más adelante, parece un inquietante reflejo de aquel.

A principios de la década de 1980, el término «judeocristiano» pasa a ser de uso común, y así alcanza la asiduidad que hoy disfruta. Ciertamente es que los pensadores judíos europeos del siglo XIX y del primer tercio del siglo XX habían allanado el camino. Con la Ilustración y la progresiva adquisición de los derechos civiles, los judíos fueron abandonando su condición de extranjeros oriundos de Oriente, adonde a menudo se les había exigido que regresaran, y empezaron a pertenecer plenamente al continente en el que vivían. Hasta ese momento, en toda la literatura occidental medieval y moderna, así como en la iconografía religiosa y secular, el judío había sido siempre una de las encarnaciones de lo oriental, tanto en su vestimenta como en sus hábitos alimentarios, y se hablaba del gueto como si fuera un pecio de Oriente varado en la orilla de la ciudad europea.⁵ Casi todos los escritores antisemitas proponían, si no exterminarlos,

5. Véanse, en particular, los últimos pasajes de *El judío Süß* (1925), la hermosa novela histórica de Lion Feuchtwanger que los nazis transformaron en una película de propaganda antisemita. A punto de ser ejecutado, Süß, consejero de finanzas de la corte, vuelve a ser el hombre oriental que en el fondo nunca había dejado de ser.

devolverlos «a Asia». Así, entre otros, Proudhon. Su asimilación a las sociedades de las que ya no querían ser excluidos exigía este desplazamiento hacia Occidente. De este modo, al salir del gueto, el judío europeo se transformaba en ciudadano europeo. Una filósofa como Hannah Arendt, pero no es la única, teorizó sobre esta pertenencia al escribir en 1941: «Vamos a la guerra como un pueblo europeo que ha contribuido al esplendor y la desgracia de Europa tanto como cualquier otro»,⁶ y poco después: «De todas las creencias falsas que, fuertemente influido por el antisemitismo, profesa el movimiento sionista, la que ha tenido unas consecuencias más graves y profundas es la del carácter no europeo de los judíos».⁷

Ahora bien, que los judíos se convirtieran en europeos no implicó que el judaísmo y lo judío pasaran a ser una parte fundamental de la civilización europea ni, en general, de la occidental. Ni mucho menos que Europa reconociera el componente oriental que tanto ha contribuido a su formación. En realidad, ocurrió justo lo contrario. El judío se occidentalizó hasta el punto de olvidar una parte de sus raíces y convertirse en un sujeto históri-

6. Hannah Arendt, «Ceterum Censeo» (26 de diciembre de 1941), que he localizado en *Auschwitz et Jérusalem*, Presses Pocket, París, 1991.

7. Hannah Arendt, «Réexamen du sionisme» (octubre de 1944), *op. cit.*

co exclusivamente europeo. No se trata aquí de minimizar la importancia de su papel. A partir de su integración más o menos plena en la ciudadanía de sus respectivos países, los judíos no solo se convirtieron en europeos de pleno derecho, sino que contribuyeron de manera esencial a la formación del pensamiento europeo moderno.⁸ Así, y como si quisieran sacudirse el estigma con el que los marcaban por su origen, los judíos europeos y los intelectuales que hablaban en su nombre ignoraron a los judíos de Oriente hasta abocarlos a la inexistencia. Por su parte, la literatura europea del siglo XIX, desde Maupassant a Nerval pasando por Alexandre Dumas o Pierre Loti —por citar únicamente ejemplos franceses—, les otorgó el rostro más abyecto del orientalismo, achacándoles todos los defectos que les atribuía el vocabulario antisemita: mugrientos, mezquinos, taimados y traicioneros.⁹

Vemos, así, hasta qué punto el giro que se produjo en los años ochenta del siglo pasado rompe con la noción tradicional que Occidente tenía del judío. Poco a poco

8. Véase Enzo Traverso, *La fin de la modernité juive*, La Découverte, París, 2013.

9. También podríamos hablar de muchos autores rusos. Salvo Tolstói y algún otro, casi todos muestran en sus obras un antisemitismo declarado y virulento.

se los ha ido aceptando como occidentales, pero han tenido que concurrir una serie de factores excepcionales para que la aportación de los judíos —¿cultural?, ¿religiosa?; la opinión dominante no aclara el carácter de su aportación— se considere parte indisoluble de la civilización occidental.